

Homilía de la Misa Crismal 2018 Arquidiócesis de Buenos Aires

Lecturas: Isaías 61, 1-9; Salmo 88; Apocalipsis 1, 4-8; Lucas 4, 14-21.

«Volvió a Galilea con el poder del Espíritu». Con esta expresión de Lucas, pareciera que el Espíritu que empujó a Jesús al desierto en soledad, ahora lo lleva a sus raíces, al pueblo de sus afectos, de su niñez y juventud. Así regresó al lugar donde fue educado: Nazaret, en donde era uno de tantos y se lo conocía como «el hijo de José». Y aunque sabemos muy poco de su vida más allá de su infancia, me arriesgo a pensar que se encontró con su madre, sus parientes y vecinos; con el recuerdo vivo de la carpintería de su padre, donde se inició en la experiencia del trabajo y en el mundo de las relaciones humanas. Como todo judío piadoso, llegado el *sabat* se dirige al templo. Jesús y el templo son una sola cosa: lo llamará la «casa de mi Padre» (*Jn 2, 16*), y los Evangelios señalan que es uno de los lugares elegidos por Él para impartir sus enseñanzas.

«El sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura» (*Lc 4, 16*). Era el día en que se leían los anuncios de los profetas que hablaban del Mesías. En pocas palabras, Jesús comenta lo que se acaba de escuchar y la profecía adquiere un nuevo significado cuando dice: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír» (*Lc 4, 21*). Es su primera predicación al pueblo después de su largo ayuno y al hacer suya la profecía de Isaías, el Señor se identifica con el Ungido de Dios, el esperado por los siglos, y así queda revelado quién es Él y cuál es su misión. En ese instante comienza el anuncio de la Buena Noticia que recorre la historia hasta nosotros y hoy se actualiza en los labios del que viene a inaugurar un tiempo de gracia para toda la humanidad.

Una y otra vez volvemos sobre este texto, breve por cierto, pero de una luminosidad que se proyecta sobre la persona y misión del Maestro, lo que nos atrae a meditarlo y hurgar su sentido, acaso guiados por la enseñanza de San Efrén que nos alienta cuando enseña que «la Palabra de Dios es fuente inagotable de vida. Aquel, pues, que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar». Y así me siento, como un pobre mendigo tratando de tomar una enseñanza para compartirla con ustedes en esta Misa Crismal. Me consuela saber que al intentar comprender lo que nos quiere decir hoy este pasaje, el mismo Padre y Doctor de la Iglesia parece dirigirme otra palabra de aliento cuando enseña: «Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras»¹.

Entonces, sin más pretensión que hallar mi parte, después de escuchar el relato de Lucas en el cual Jesús hizo suyas las profecías que lo anunciaban, me pregunto: ¿por qué la liturgia nos propone este asombroso y sobrio relato todos los años? Por de pronto nos invita a hacer un eco actualizado de aquel «hoy» con el cual Jesús revela que Él es el verdadero Ungido del Espíritu Santo. El tiempo y la eternidad en labios de Jesús dan a su mensaje la solidez de un eterno presente, y hoy llega hasta nosotros con toda su fuerza para animar e iluminar la unción por la que fuimos asociados a su sacerdocio.

La imagen de Jesús de pie en medio de la sinagoga, con el libro de la Palabra en sus manos y buscando el texto inspirado, ya es un signo que nos mueve a contemplar

¹ Del Comentario de san Efrén, diácono, sobre el Diatéssaron (Cap. 1, 18-19: SC 121, 52-53).

cómo el corazón de Cristo se abre a la palabra profética y acepta sin más la misión que lo conduce a dar la vida por la salvación del mundo. Luego, con la unción del Espíritu que lo consagra, el Señor es enviado para evangelizar, sanar, liberar, perdonar y proclamar un tiempo de gracia. Los evangelistas han desplegado con abundantes detalles estos dones durante su vida pública y los apóstoles no dejaron de anunciar que «Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo, llenándolo de poder. Él pasó haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con él» (*Hch* 10, 38). El Papa Francisco nos enseñó durante el Jubileo que: «...la misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. “Dios es amor” (*I Jn* 4, 8.16), afirma por la primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús»².

El mensaje adquiere especial importancia cuando nos llega en los días de su pasión, en la que se renueva el misterio de nuestra redención. En este contexto es que el Señor nos devuelve la confianza en la unción que recibimos el día en que fuimos ordenados, a la vez que nos confirma su elección y su gracia para ejercer nuestro servicio ministerial: Él quiere acercar el fuego de su amor para dar un nuevo ardor a la caridad pastoral que sostiene todo lo que hacemos en su nombre. Con las promesas renovaremos nuestra gratitud por el don de participar de su unción y misión, lo que nos permite ofrecer en su nombre el sacrificio de la redención.

La unción nos hace participar del único Sacerdocio de Jesús y nos consagra para ser enviados al mundo. Por la consagración, los sacerdotes le pertenecemos a Dios, a la vez que somos evangelizadores, portadores de una noticia que no podemos omitir ni postergar, y por eso decimos que existimos para los demás, para perpetuar en el tiempo el servicio de la salvación que comenzó con Jesús. Este «ser para los demás» es fácil decirlo, pero no lo es para bajarlo a las manos. Se da de frente con nuestras debilidades y «agachadas», de las cuales, la única permitida –nos decía un predicador a los Obispos–, es imitar la del Señor cuando lavó los pies a sus discípulos. Aun así, pienso que Dios recibe los renovados deseos de querer entregar la vida por Él y por la salvación de los hermanos.

La unción es una consagración: se debe a una providencial elección divina, para quienes en nombre de Cristo celebramos el sacrificio de la redención y preparamos el banquete pascual, donde el pueblo santo se reúne en su amor y se alimenta de su Palabra. Y la Eucaristía, fuente inagotable de amor, es de donde los sacerdotes tomamos lo necesario para ungir con óleo de alegría a su pueblo, para llevar la Buena Noticia del Reino a los pobres y pequeños, para proclamar su misericordia que es gratuita, inmerecida e incondicional; para enseñar y perdonar en su nombre, consolar, apacentar el rebaño, acompañar la vida tal como viene; para estar presentes en la pasión y muerte de cada fiel y predicar la esperanza de una feliz resurrección como lo prometió Jesús. El camino que nos ha trazado nuestro Sínodo comienza en la Eucaristía y se dirige a evangelizar las innumerables realidades humanas, con la convicción de que todo lo podemos con Él y en Él.

Nos une íntimamente a Jesús la misma unción que recibimos en la ordenación, al tiempo que nuestro ministerio nos pone en comunión con todo el Pueblo de Dios, ungiendo con el mismo crisma que le confiere un «sacerdocio real», y lo constituye en «una nación santa, un pueblo adquirido para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz» (*I Pe* 2,9).

² *Misericordiae Vultus*, 8.

Nuestro buen propósito de ser fieles a lo que Dios quiere de nosotros, tiene por testigos a los hombres y mujeres que nos acompañan en esta Eucaristía: ellos nos comprenden, nos ayudan y con sus sacrificios y entregas –muchas veces perseverando en las pruebas en medio de no pocas dificultades–, nos dan aliento y ejemplo para ser más de Dios y de su Iglesia. Testigo silenciosa pero siempre solícita a nuestras oraciones es la Madre del Buen Ayre, que seguramente nos mira con maternales ojos cuando nosotros, sus queridos hijos sacerdotes, prometemos hacer de nuestro presbiterio un espacio de comunión fraterna y de renovación eclesial.

✠Mario Aurelio Poli